

ct

Un castaño, un almendro o un árbol que dé fruta

de
Laura Mihon

(fragmento en castellano)

A Milo y a Tete

DRAMATIS PERSONAE

MADRE: setenta y tantos

HIJA: treinta y muchos

HIJO: cuarenta y pocos

PRIMER DESAYUNO

Una mesa grande, y cuatro sillas.

En una de ellas, la Madre se toma un café como si tuviera todo el tiempo del mundo.

En un extremo, un par de cajas de cartón de mudanza.

Cuando la madre termina su café, trae un jarrón con flores posa con cuidado sobre la mesa.

Coloca platos pequeños y tazas. Cubiertos.

Un periódico. El periódico lo cambia de sitio varias veces.

Un frutero lleno de fruta, que examina sin prisa. Se detiene especialmente en un melocotón.

Un bizcocho recién hecho que huele a bizcocho recién hecho.

Tuesta pan y huele a pan tostado.

Hace más café. Huele a café.

La madre va y viene acabando de traer todo lo que podría desearse en un buen desayuno.

La mermelada tiene buena pinta. Mete un dedo en el bote y se lo chupa.

Aparece la Hija en un momento en el que la Madre no está.

Se queda mirando la mesa puesta, en silencio.

HIJA

La primera muerte que recuerdo, de una persona pública, fue la de Lady Di. Mi madre me lo contó de camino a casa después del cole. No me acuerdo con qué palabras me lo dijo ni por qué. Pocos días después murió también la Madre Teresa de Calcuta. Pensé: “¿Cómo es posible? ¿Es una oleada de muertes sin precedentes? ¿La gente puede morir tan seguida, una detrás de otra?” Tenía nueve años y percibía la muerte como algo tan lejano, improbable y singular que no podía ocurrir dos veces la misma semana. Las dos figuras se quedaron vinculadas en mi cabeza, y durante un tiempo hasta las confundía, a la princesa y a la monja. Aún hoy no puedo oír hablar de una sin pensar automáticamente en la otra.

Cuando tenía quince años se murió uno de mis mejores amigos de la infancia. Él tenía diecisiete. El

día de su funeral me puse mala de la tripa. Me pasé la mañana encerrada en el baño vomitando, y no fui a la ceremonia ni al entierro.

Descubrí que con la muerte se llora menos que con el desamor. La muerte no deja espacio para el regodeo, las miradas melancólicas por la ventana ni el hurgarse en la herida, aunque tengas quince años.

Nunca he ido a un funeral.

Cuando se murió el padre de mamá yo no había nacido. La siguiente fue la madre de mi padre, yo tenía cinco años. Me dejaron en casa de una vecina. Solo recuerdo que me obligó a comer lentejas, y acabé vomitando. El funeral padre de mi padre me pilló presentando mi proyecto final de carrera. En Londres. Fue algo repentino. Me dijeron que no hacía falta que viajara, que no merecía la pena perder otra convocatoria y volver a pagar la matrícula, que era carísima. En la presentación estuve nerviosa, superada, vomité antes y después, pero aprobé.

Mi abuela favorita, la madre de mamá, murió mientras yo estaba en un retiro de ayahuasca en Tailandia, con el móvil apagado. Mientras mi abuela se moría yo, estaba echando bilis en un cubo y compartiendo recuerdos de mi infancia con un arbusto. Me enteré una semana más tarde.

Solo he visto funerales en las películas.

La muerte de mi padre aún no la he llorado. Me lo contó mi hermano por teléfono. Me encerré en el baño del aeropuerto durante una hora, sin quitarme la mochila. Eché el sándwich asqueroso y carísimo que me acababa de zampar. Luego me lavé la cara, me enjuagué la boca e intenté cambiar mis billetes. Lo intenté de verdad. Estaba lejos, apunto de irme más lejos todavía. Estaba posponiendo la vuelta a casa, fingía creer que todo estaba más o menos bien. Mi madre quería protegerme y yo me comporté como una niña. La niña que siempre seré para ella. Me pasé el funeral de mi padre yendo de una ventanilla a otra y peleándome con todo el personal del aeropuerto. Pienso mucho en él pero hace tiempo que he dejado de intentar llorarlo, porque simplemente no me sale.

A funerales menores, que los llamo yo, me niego a ir: vecinas, familiares de amigas, tías segundas. Después de haberme perdido el de mi padre, el de mis abuelos, el de mi mejor amigo, el de Lady Di y el de la Madre Teresa, no me parecería bien.

Hoy, mi amigo de la infancia sigue siendo mayor que yo. No me lo imagino como un chiquillo de diecisiete años sino como el hombre de treinta y muchos que sería ahora. Mi padre sin embargo sigue teniendo sesenta y cinco y sigue sin jubilarse.

La hija le da una vuelta a la mesa mirándolo todo.

Un día descubrí con sorpresa que aquello de “desayuno continental” no era algo que se había inventado mi madre. ¿Por qué se llamará así? De pequeña era mi segundo desayuno preferido. El primero era helado, pero eso ocurría muy muy pocas veces.

Se escucha ruido en la cocina.

Ojalá pudiera estar sola en esta mesa un rato.

La Hija se sienta y se sirve café. Está un rato sola y se lo bebe como si se le acabara el tiempo.

Aparece la Madre con más pan tostado. Le da a la Hija un beso que no se espera.

La Hija empieza a desayunar y la Madre va y viene.

Aparece el Hijo. Está en pijama. Le desordena el pelo a su hermana.

HIJO

¡Desayuno continental!

La Madre le coge la cara al Hijo. Parece que le va a dar un beso, pero le quita un legaña.

HIJO

Huele bien. A estas horas la luz cae directa sobre la mesa, fijaos. Qué abundancia, mamá. Creo que voy a empezar con algo de fruta. Al final es lo que mejor sienta aunque no sea lo que más apetece. Me voy a sentar aquí, al lado de mi hermana. Estas sillas no están nada mal. Las has cambiado, ¿no? Eran de otro color. No sé si coger plátano o naranja. El melocotón está demasiado blando. Voy a probar con el plátano, pero antes un poco de café. Las mismas tazas de siempre. *(A su hermana)* ¿Has visto? De vez en cuando se rompe alguna pero, no sé cómo, parece que siguen estando todas. Ese periódico no es de hoy.

HIJA

Siéntate, mamá.

MADRE

Ya he tomado café.

HIJO

Los plátanos están verdes, tendría que haber cogido una naranja, pero ahora ya lo he abierto, así que me lo tendré que comer. Si no, mañana estará negro, seguirá duro pero se habrá puesto negro, es decir, será aún peor que hoy y habrá que tirarlo.

HIJA

(A su madre) ¿Te vas a sentar?

HIJO

Los techos de esta casa son muy altos. Dan sensación de espacio. Nos hemos acostumbrado demasiado a los techos bajitos.

La madre no se sienta.

HIJA

¿Y bien?

MADRE

¿Cómo habéis dormido?

HIJO

No estoy seguro de haber dormido.

MADRE

Te dije que durmieras en mi cama, esa habitación/

HIJO

No es por la cama. Llevo ya un tiempo así. Me apetecía dormir en mi cuarto, de más jovencito dormía del tirón. Pensé que quedaría algo de esa energía y me ayudaría a dormir, pero qué va. Creo que no he dormido nada.

HIJA

Mamá, ¿todo bien?

MADRE

Todo bien.

HIJA

¿Entonces?

MADRE

¿Entonces qué?

HIJO

¿No hay sal?

La Madre se va a por sal.

Estás guapa. Tienes cara de cansada, creo que es por las ojeras, o por el pelo. ¿Qué te pasa en el pelo?

HIJA

Nada, no lo sé, ¿qué me pasa?

HIJO

¿No te lo has cortado?

HIJA

No.

HIJO

Te ha crecido, entonces.

La Madre vuelve con el salero. Mete de nuevo un dedo en el bote de mermelada y se

lo chupa. Los hijos se miran entre ellos.

MADRE

Luego te lo corto un poco.

HIJA

Mamá, ¿por qué estamos aquí?

MADRE

¿Hace falta una razón para/

HIJA

No es que tenga que pasar algo malo, pero te has puesto un poco insistente, y creo que algo pasa.

MADRE

No pasa nada.

Silencio

Es por la habitación de papá.

HIJA

¿Vas a vaciarla? Ya era hora.

MADRE

En su día empecé a clasificar, pero ya sabéis que hay muchas/

HIJA

No hay que clasificar, hay que tirar. Qué manía la suya. No pensó ni un momento en todo el trabajo que iba a dejar atrás.

HIJO

La gente no piensa que se va a morir antes de ordenar sus cajones.

MADRE

A lo mejor queréis quedaros algo, hay cosas que podrían/

HIJO

¿No tienes el periódico de hoy?

MADRE

No. Muchas cosas no son tuyas. He sacado esa caja, por si/

HIJA

Tendrías que haber hecho esta limpieza hace mucho.

El Hijo coge uvas y las lanza para arriba para que le caigan en la boca.

Se acerca a una de las cajas y mira dentro.

MADRE

Está el batín de seda del abuelo, fijate qué granate.

HIJO

(Saca una cámara de fotos antigua) ¿Funciona?

MADRE

Sí, la he estado usando.

HIJO

¿Para qué?

MADRE

Era de una prima de papá. Hay una más antigua todavía, de/

HIJA

Guardaba todo de todo el mundo, qué manía.

HIJO

¿Y esto?

MADRE

Es el collar de la gata.

HIJA

¿De Mika?

HIJO

Por cierto, he soñado una cosa rarísima. ¿Esto es casero?

MADRE

Sí, es un bizcocho de/

HIJO

Vamos a probarlo entonces, tiene un color muy apetecible, doradito. No me voy a cortar mucho, solo un trozo fino. Está muy tierno, se corta muy bien. Huele a canela. Me encanta la comida de verdad. Hacía tiempo que no hacías uno de estos, ¿no?

MADRE

Casi cada semana hago uno.

HIJA

¿Qué más hay?

MADRE

Están los cuadernillos. Papá dijo que eran para ti.

HIJA

¿Los cuadernillos? ¿Para mí? ¿Por qué?

MADRE

Por que eres la que escribe, y supongo que/

HIJA

Ya no escribo.

Silencio.

La madre bebe zumo directamente de la jarra.

HIJO

Esta casa es bastante silenciosa y la luz a estas horas es intensa. Aunque el aire está un poco viciado, ¿no abres las ventanas, mamá? No digo que huela mal, pero parece un aire respirado ya varias veces. ¿Os cuento lo que he soñado?

HIJA

Déjame el periódico. Mamá, ¿qué tal estás?

MADRE

Bien, bien, a ver/

HIJO

He soñado con la casa del pueblo, pero no era la casa del pueblo.

HIJA

Los sueños de los demás no le interesan a nadie.

HIJO

¿Te interesa más un periódico de hace meses?

HIJA

¿No es de hoy?

MADRE

¿Qué has soñado?

HIJA

¡Es del año pasado! Mamá, no empieces a guardar tú también.

MADRE

Me gustó ese periódico. Hay una noticia que/

HIJO

“Me gustó ese periódico”, dice. Como si fuera un libro. “Te lo recomiendo” (*ríe*) Creo que me voy a echar otro café.

HIJA

Yo también quiero otro.

*La Madre le pasa la página del periódico a la Hija, pero ésta lo deja a un lado.
La madre le mira el pelo, se lo recoloca, lo toquetea, le observa las puntas.*

MADRE

¿Qué pasaba en el sueño?

HIJO

Había agua.

HIJA

¿No decías que no habías dormido?

HIJO

Dije que no sabía si había dormido.

MADRE

¿Salía la casa?

HIJA

¿Por qué no hablamos de otra cosa?

HIJO

Soñé que se inundaba el jardín de la casa del pueblo, solo que no era la casa del pueblo, era un sitio distinto, pero era la casa del pueblo, y el jardín se inundaba entero y el agua subía por la fachada, y nosotros éramos pequeños, de tamaño, no de edad, y nos bañábamos como si todo fuera muy normal. También estaba Mika, que sabía nadar, y pasaban más cosas pero ya no me acuerdo. ¿Qué habrá sido de esa casa?

MADRE

Nada. Sigue igual.

La Madre le pega un pellizco al bizcocho y se lo come.

HIJA

¿Cómo lo sabes?

MADRE

Porque la vi.

HIJA

¿Fuiste a la casa?

MADRE

Sí.

HIJA

¿Para qué?

MADRE

Para verla.

HIJA

¿Y para qué querías verla? ¿La han comprado?

MADRE

No. Sigue vacía. El pueblo entero está prácticamente vacío.

HIJA

Y entonces, ¿para qué fuiste?

MADRE

No lo sé, me apetecía verla y/

HIJA

No deberías conducir tan lejos tú sola.

HIJO

¿Cómo sabes que fue sola?

HIJA

¿Fuiste con ella?

HIJO

No.

MADRE

Fui sola.

HIJA

No deberías conducir tanto. No empezarás otra vez con la cantinela de la casa, ¿no? Tú misma lo has dicho, no queda nadie. Al final ni siquiera íbamos nosotros. No entiendo por qué tanta obsesión con esa casa.

HIJO

Déjala en paz.

HIJA

No le hace bien esa casa.

HIJO

No le hace bien porque ya no es suya. Si fuera suya no sería una obsesión, simplemente sería su casa.

HIJA

No sé para qué sacas el tema.

HIJO

Yo no he sacado ningún tema.

MADRE

Hija, no has comido fruta/

HIJA

“He soñado con la casa del pueblo”.

HIJO

No puedo elegir los sueños.

HIJA

Pero puedes no darnos la tabarra con ellos. A mi también me da pena. No me mires así.

HIJO

¿Así cómo?

HIJA

No fue culpa mía.

HIJO

Ya lo sé.

HIJA

Ni siquiera fue idea mía.

MADRE

Cómete una naranja.

Silencio.

HIJO

Sí, cómete una naranja, se ven bonitas, aunque no es temporada. Yo no voy a comer nada más. Hay que dejar espacio para lo que venga. ¿Qué más has guardado, mamá? (*Va a mirar*) Una caja de puros. ¿Los puros caducan?

MADRE

En la caja de puros en realidad no hay/

HIJO

¡La colección de vinilos! Hay muchos. ¿Están todos?

HIJA

Tenemos que ser eficientes, no me puedo quedar mucho tiempo.

HIJO

Yo tampoco, me toca el niño.

MADRE

Quedaros al menos una noche más. No me puedo comer todo/

HIJO

Están llenos de polvo. Voy a echarles un vistazo, funciona el tocadiscos, ¿no? Le voy a dar al botón. Parece que funciona, se enciende la lucecita y gira. Me encanta cuando las cosas funcionan de verdad. A ver qué tenemos por aquí. Me acuerdo de estos nombres, creo que me acuerdo de casi todos. Papá solo escuchaba gente muerta.

MADRE

En su día estaban vivos.

Silencio

HIJA

¿Y tú cómo estás, mamá?

MADRE

De momento, viva también.

HIJA

¿Por qué todo esto ahora?

HIJO

¿Los de esta caja de quién son?

MADRE

De papá, también.

HIJO

Son de electrónica. ¿Papá los escuchaba?

MADRE

Claro.

HIJO

No me imagino a papá escuchando electrónica.

MADRE

Esos no te los lleves.

HIJO

¿Por qué?

MADRE

Porque me gustan.

HIJO

¿Los de electrónica?

MADRE

Sí.

HIJO

(pausa) Voy a poner uno de los antiguos, a ver qué tal.

El Hijo escoge un vinilo.

Suena una canción. La escuchan un rato.